

TANTAS VOCES. SVLETANA ALEXIEVICH

So many voices. Svetlana Alexievich

ALDO VIVAR MENDOZA ¹



RESUMEN

A decir de la Academia Sueca, el Premio Nobel de Literatura 2015 fue para la autora bielorrusa Svetlana Alexievich “por sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y el coraje de nuestros tiempos.” La autora llega a la narrativa a través del ejercicio periodístico. Por ello sus novelas son un *collage* de testimonios que juntos cuentan una historia coral, el lado emocional y no divulgado por la historia oficial de la Unión Soviética.

Palabras claves: Periodismo, novela, testimonio, historia, Unión Soviética.

ABSTRACT

According to the Swedish Academy, the Nobel Prize for literature 2015 winner was the Belarusian author Svetlana Alexievich “for his polyphonic writing, a monument to the suffering and courage of our times.” The author comes to the narrative through the exercise of journalism. That is why her novels are a collage of testimonies that together have a choral story, the emotional side and not reported by the official history of the Soviet Union.

Keywords: Journalism, novel, testimony, history, Soviet Union.

Hoy todavía no sabemos dónde se oculta la vida, qué clase de sitio es ése ni cómo se llama. Si nos abandonan, si nos retiran los libros, nos veremos inmediatamente en un embrollo, todo lo confundiremos, no sabremos adónde ir ni cómo ir, ignoraremos lo que se debe amar y lo que se debe odiar, lo que debe respetarse y lo que sólo merece desprecio. Incluso nos molesta ser hombres, hombres de carne y hueso; nos da vergüenza, lo consideramos como un oprobio y soñamos con llegar a convertirnos en una especie de seres abstractos, universales. Somos seres muertos desde el momento de nacer.

Fiodor Dostoievski, *Memorias del subsuelo*.



Svetlana Alexievich (Foto: A. Mahmoud).

La Academia Sueca tiene una tradición de hermetismo sobre sus decisiones al momento de entregar sus premios. Al mediodía, hora de Estocolmo, el secretario permanente anuncia al ganador que tiene que ser un investigador o autor vivo. También se ha vuelto habitual que luego de cincuenta años la Academia desclasifique la lista de candidatos sobre la cual decide el Premio Nobel de Literatura. Por ejemplo, la última lista hecha pública, la de 1965, incluía, entre otros, a W.H. Auden, Samuel Beckett, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Vladimir Nabokov, en aquel año el premio recayó en el autor soviético Mihail Sholokhov. Algunos de estos autores ganaron el premio en años subsiguientes, otros pasaron a la historia justamente por no

¹ Médico internista. Hospital Nacional Arzobispo Loayza. Facultad de Medicina, UPCH.

haberlo ganado. Esta práctica de silencio no es habitual en otros premios literarios como el Man Booker o el premio Herralde, donde se conoce con antelación la lista de candidatos.

En tiempos actuales de Internet e información rápida, esta tradición sueca genera múltiples especulaciones. En la primera semana de cada octubre el movimiento se hace intenso en las casas de apuestas, especialmente Ladbrokes, alrededor de los eternos candidatos. La irrupción de un par de nuevos nombres que ascienden rápidamente en las 48 horas previas al anuncio del premio, por lo general, predice al ganador.

En los últimos años, salvo Vargas Llosa, los ganadores del premio han sido escritores conocidos en reducidos círculos literarios o con gran parte de su obra inédita en español. Luego del premio muchas de sus obras llegaron recién a nuestro país o se reactivaron sus traducciones. Esto ha hecho, en la práctica, que el Premio Nobel nos dé la oportunidad de conocer autores como Tomas Tranströmer, Jean Marie G. Le Clézio o Mo Yan.

Igual sucedió cuando el premio Nobel 2015 fue anunciado por Peter Englund, el secretario permanente, quien al referirse en Svletana Alexievich remarcó las razones del premio: *“por sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y el coraje de nuestros tiempos”*.

Al momento del anuncio del premio no existían obras de Alexievich en las librerías peruanas. Al repasar las notas bibliográficas se observa que una sola novela ha sido traducida al español. Con el premio se adelantaron sus traducciones y hasta fines del 2015 ya hay dos novelas circulando en librerías.

Para entender la obra de un escritor es necesario conocer su vida y el contexto en la que fue escrita. Svletana Alexievich nació en la posguerra, en

1948, en Ucrania. Hija de un militar bielorruso y madre ucraniana, en una época en que tanto Bielorrusia, Ucrania y otras repúblicas pertenecían al conglomerado de la Unión Soviética. Cuando el padre concluyó su servicio y fue desmovilizado del ejército, la familia se mudó a Bielorrusia donde ambos padres trabajaron como profesores. Svletana Alexievich completó su educación en la ciudad de Minsk, Bielorrusia, donde estudió periodismo entre 1967 y 1972, ejerciendo primero en un diario local cercano a la frontera con Polonia y luego en *Sel'skaja Gazeta*.

Svletana Alexievich ha sido testigo de momentos capitales en la historia de la Unión Soviética, los rezagos de la posguerra, la invasión soviética a Afganistán, la explosión de la central nuclear de Chernóbil, la *perestroika* con la posterior caída del régimen comunista y la separación de las otrora repúblicas socialistas en estados independientes.

Paralela a su experiencia como periodista, Alexievich, en su búsqueda por alcanzar una voz propia, escribió cuentos y ensayos en una postura contestaria al régimen soviético. Por aquellos años recibió la poderosa influencia de quien considera su profesor, el escritor bielorruso Ales Adamovich (1927-1994), quien desarrolló una serie de documentales sobre la Segunda Guerra Mundial, entre ellos el libro *“Soy de la aldea en llamas”*, que escribió con Y. Bril y V. Kolésnik. Adamovich pensaba que luego de los horrores de la guerra escribir ficción era un sacrilegio, la realidad debía ser contada tal cual, por ello construyó un libro basado en testimonios de sobrevivientes de la guerra. Alexievich descubrió entonces un estilo para captar la realidad tal cual: el acopio de centenares de entrevistas para agruparlas en historias. Su condición de periodista le permitió condensar todas aquellas voces dispares en una sola vertiente narrativa.

Si Flaubert se consideraba a sí mismo como un lápiz, que escribe historias, Alexievich se autodefine como un oído que registra historias, para luego contarlas. De este modo, Alexievich se embarca en la grabación de centenares de entrevistas para escribir su primera obra, *“La guerra no tiene rostro de mujer”* (*U vojny ne zenscoe lico*), publicada en 1985.

No conocíamos un mundo sin guerra, el mundo de la guerra era el único cercano, y la gente de la guerra era la única gente que conocíamos. Hasta ahora no conozco otro mundo, ni a otra gente: ¿Acaso existieron alguna vez?

La aldea de mi infancia era femenina. De mujeres. No recuerdo voces masculinas. Lo tengo muy presente; la guerra la relatan las mujeres. Lloran. Su canto es como el llanto...

Una mujer ahoga a su propio hijo de un año de edad para evitar que su llanto delate la presencia de un grupo emboscado por los nazis. Una mujer combatiente aniquila uno a uno a cuatro prisioneros nazis disparándoles por la espalda pues llevarlos consigo prisioneros hacía más lenta la huida. Una enfermera en un hospital de campaña le muestra los pechos a un capitán herido y desahuciado como el cumplimiento de un último deseo.

Durante la Segunda Guerra Mundial cerca de un millón de mujeres soviéticas integraron el Ejército Rojo, no solo como médicos o enfermeras sino como combatientes. Fue el mayor contingente femenino en la guerra, las británicas eran doscientas veinticinco mil, las estadounidenses cuatrocientas mil y las alemanas, quinientas mil.

Buena parte de la guerra se desarrolló en territorio soviético. La vida militar fue al inicio extraña para las mujeres que confundían los grados y los códigos de convivencia militar. La guerra se desarrolló en las trincheras, en los

hospitales, en la artillería antiaérea, en pueblos y granjas lejanos. No pocas veces aquellas mujeres cargaban con los heridos a costas soportando el fuego, el tronar de los cañones y la confusión, la que las llevó algunas veces, en sus tareas de rescate, a salvar un combatiente enemigo en el campo o a grandes esturiones cuando una barcaza era hundida en la negritud de la noche.

Una guerra es lágrimas, fuego, olor a chamuscado y sangre, mucha sangre, que teñía los uniformes de campaña y cuyo olor les perduraría en la posguerra. Aquellas mujeres vivirían grandes batallas como la de Stalingrado, padecerían torturas en los campos de concentración y hasta serían susceptibles de sospecha de espionaje por haber sobrevivido a la captura del enemigo. Todo este clímax no culmina con la victoria. Los hombres que quedan vuelven a casa, se baila y bebe, ocurren matrimonios, pero quedaba una tarea pendiente, dismantelar las minas antipersonales y antitanque que sembraron los alemanes en territorio ruso. La guerra también puede ser sangrienta y dolorosa. Se recompone la sociedad, con los matrimonios llegan los hijos y el problema de cómo explicar el significado de la guerra a las nuevas generaciones.

Partir de la pregunta de Dostoievski: ¿cuánto de humano hay en un ser humano y cómo proteger al ser humano que hay dentro de ti? Indudablemente el mal es tentador. Y es más hábil que el bien. Es atractivo. Me rehundo en el infinito mundo de la guerra, lo demás ha palidecido, parece más trivial. Un mundo grandioso y rapaz. Empiezo a entender la soledad del ser humano que vuelve de allí. Es como regresar de otro planeta o de otro universo. El que regresa posee un conocimiento que los demás no tienen y que solo es posible conseguir allí, cerca de la muerte. Si intenta explicar algo con palabras, la sensación es catastrófica. Pierde el don de la palabra.

Quiere contar, y los demás quieren entender, pero se siente impotente.

El segundo libro que publica Alexievich se llama *“Los últimos testigos: testimonios infantiles”* (*Poslednie svideteli: kniga nedetskich rasskazov*) donde se recogen los testimonios de niños entre 7 a 12 años que miran la guerra desde su singular punto de vista.

El tercer libro es *“Los chicos del zinc: Voces soviéticas desde una guerra olvidada”* (*Cinkovye mal'ciki*), aun no editada en español, hace referencia al material de los ataúdes donde regresaban los cadáveres de los soldados que lucharon en Afganistán. Durante 1979 a 1989, un millón de soldados soviéticos y miles de milicianos fueron enviados a una guerra que mostró la cruenta colisión entre oriente y occidente. La guerra fue ocultada de las informaciones oficiales. La sociedad no tenía conciencia de ello hasta que uno de los muchachos regresaba muerto o mutilado. Fueron 50 000 bajas y un número no registrado de heridos. En esta novela hablan los sobrevivientes, las madres de los soldados, las esposas, los hijos, las enfermeras y hasta las prostitutas que fueron al territorio en conflicto. Los testimonios hablan no solo de la brutalidad del conflicto sino del creciente resquebrajamiento que alcanzaba al régimen soviético.

“Voces de Chernobil: crónicas del futuro” es el cuarto libro. El 26 de abril de 1986 a la 1h 23'58", una serie de explosiones destruyó el reactor y el edificio del 4° bloque energético de la Central Eléctrica Atómica (CEA) de Chernóbil. La catástrofe de Chernóbil se convirtió en el desastre tecnológico más grave del siglo XX. Localizada en Ucrania pero adyacente a Bielorrusia, la explosión en Chernóbil liberó hasta el 5% de la energía del núcleo del reactor. La dosis radioactiva fue letal e inmediata para unos 28 trabajadores de la planta al momento de

la explosión. La nube radioactiva se expandió rápidamente a kilómetros a la redonda y en una semana tal nube había alcanzado Europa, Gran Bretaña, Japón, Estados Unidos y Canadá. Una vez más el gobierno soviético ocultó la verdad al público pero ordenó la evacuación inmediata de la zona de exclusión en un radio de 30 km. Las casas debían abandonarse sin llevar enseres o comida. Bomberos y personal de reparación de la central nuclear, llamados liquidadores, fueron enviados a la zona de peligro. En el lapso de un año se enviaron unos 600 000 liquidadores, muchos de ellos sin apropiadas medidas de protección, los que recibieron una dosis radioactiva en promedio de >100 Sv –unidad radioactiva- (la exposición a una radiografía de tórax es de 0,00008 Sv).

La localidad bielorrusa de Pripiat se convirtió en un pueblo fantasma. Bielorrusia recibió el 23% de la onda radioactiva. Algunos murieron por toxicidad radioactiva aguda pero otros tuvieron una muerte a largo plazo a causa del cáncer de tiroides, leucemia y otras neoplasias. Se dispararon los nacimientos de bebés con malformaciones congénitas. La leucemia infantil aumentó su incidencia. La leche no podía beberse. Los sembríos se echaron a perder. Hasta los cadáveres emitían radioactividad.

Por las noches sobre las tumbas se ven luces. Yo misma he leído que las tumbas de los bomberos de Chernóbil, que murieron en Moscú y están enterrados allí, en el cementerio de Mítino, la gente los evita, no coloca a sus muertos cerca de ellos. Los muertos temen a los muertos, ya sin hablar de los vivos.

La novela describe un éxodo y una plaga invisible. Un castigo y grandes desesperanzas. Historias de amor que acompañan el deterioro físico y la muerte por radiación. Episodios de desidia. De la verdad oficial que contrasta con las vivencias y emociones de las personas.

Narra las historias dejadas atrás en un pueblo evacuado, de las costumbres, de la religión, del vodka como paliativo social, del acostumbamiento a las enfermedades en los hospitales. Del alma soviética y de las utopías. Del gulag y las repúblicas soviéticas. De los dosímetros que no se usan o no funcionan o se adultera su lectura. De las gotas de yodo a tomar como profilaxis. De cómo la vida y la naturaleza se repone, de cómo algunos animales son centinelas de catástrofes radioactivas. Pero sobre todo de cómo la humanidad se repone aunque con algunas secuelas.

“El fin del Homo sovieticus”, el último libro en español aparecido en diciembre del 2015, describe cómo el régimen comunista ha creado un ciudadano singular, el *Homo sovieticus*, el seguidor de una utopía igualitaria que se desmoronó con la caída de la URSS.

Svletana Alexievich se describe a sí misma como la representante de aquellas múltiples voces que conformaron la utopía de la Unión Soviética. Como aquella escritora que intenta retratar la realidad a través de testimonios para que la historia no se pierda. Alexievich considera tener tres patrias, la bielorrusa del padre, la ucraniana de la madre y, la rusa, la patria cultural. Se asombra de la enorme capacidad que tiene el soviético para soportar el sufrimiento y para las guerras. Sin embargo,

algo de añoranza le queda luego del quiebre de la URSS, de la desaparición del Hombre Rojo (por el Imperio Rojo) de aquella oportunidad que se perdió en el año 1990. En su discurso ante la Academia Sueca hizo la siguiente pregunta: *¿Qué clase de país deberíamos ser? Un país fuerte o uno notable donde la gente pueda vivir decentemente? Escogimos lo primero, un país fuerte. Una vez más vivimos en la época del poder. Los rusos combaten a los ucranianos. Sus hermanos. Mi padre es bielorruso, mi madre ucraniana. Esa es la misma situación para mucha gente. Los aviones rusos bombardean Siria...*

Aquellos territorios están repletos de múltiples voces que aún tienen mucho que contar y Svletana Alexievich estará allí para seguir escuchándolas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Alexievich, S. La guerra no tiene rostro de mujer. Barcelona: Debate, 2015.
2. Alexievich, S. Voces de Chernóbil: crónica del futuro. Barcelona: Debolsillo, 2015. URL disponible en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2015/
3. Alexievich, S. Discurso ante la Academia sueca. The Nobel Foundation, 2015.
4. Alexievich, S. Notas de su blog. URL disponible en: <http://www.alexievich.info/editionen.html>

CORRESPONDENCIA

Aldo Vivar Mendoza,
e-mail: aldo.vivar.m@upch.pe